

SAAVEDRA FAJARDO Y RICHELIEU: LA FRUSTRACION DE UN DESIGNIO MAQUIAVELICO

EN junio de 1638, Diego de Saavedra Fajardo salió de Berna viajando por Neuchâtel hacia el Franco-Condado de Borgoña. El propósito del ministro plenipotenciario de Felipe IV era mediar en ciertos disturbios que se creían fomentados por los franceses, gobernados en aquella época por Luis XIII y su ministro el cardenal Richelieu. El comunicado de Saavedra a Felipe IV sobre lo que encontró en el Franco-Condado, titulado *Relación de la jornada al condado de Borgoña*, es un documento diplomático que nos da una perspectiva microscópica de los conflictos entre Habsburgos y Borbones en un período crítico (1). Además, en el documento Saavedra apunta sus experiencias vitales en un lenguaje de configuración literaria parecido al de su obra maestra *Idea de un príncipe político-cristiano*, en que debería estar trabajando en la misma época.

En la gran estrategia de la Guerra de Treinta Años, le importaba a España mantener abiertas las comunicaciones entre el norte de Italia y los Países Bajos, a

(1) Empleo el título corto usado por el Conde de ROCHE y José Pío TEJERA, *Saavedra Fajardo: Sus pensamientos, sus poesías, sus opúsculos* (Madrid: Imprenta de Fortanet, 1884), quienes imprimieron por primera vez el opúsculo, págs. 153-76; pero cito este texto y la *Idea de un príncipe político-cristiano* por las *Obras completas*, ed. Angel GONZÁLEZ PALENCIA (Madrid: M. Aguilar, 1946), 1444 págs. González Palencia incluye el texto en el *Epistolario* con el título largo, también usado por Roche y Tejera: *Relación de Don Diego de Saavedra Fajardo, consejero del Supremo y Real Consejo de Indias, embajador por Su Magestad Católica del Rey Don Phelipe Cuarto el Grande N. Señor al Elector de Baviera, de la jornada que por orden de Su Magestad hizo el año de mil y seiscientos y treinta y ocho al condado de Borgoña*, págs. 1333-41.



través de los cantones esguizaros y los estados alemanes. Esta fue la misión de Saavedra en la Europa central, y llegó a ser todavía más importante después de la declaración formal de guerra que hizo Richelieu contra España en 1635. Para entender los conflictos entre los dos países vecinos y el significado de la situación política en el Franco-Condado, conviene recordar la «mística» del hexágono geográfico a que ha de parecerse el territorio ideal de la Francia moderna (2). En el sur, los dos lados del hexágono, entonces como ahora, el Mediterráneo y los Pirineos. A Francia le hostigaba que el Rosellón, territorio perteneciente a la corona de Aragón desde el siglo XII, yaciera dentro del hexágono. Al oeste y al noroeste, siguiendo otros dos lados del hexágono, estaba el mar: la bahía de Vizcaya, el Atlántico, y el canal de La Mancha. A lo largo de los lados nordeste y este estaban Flandes, gobernado por España, y los principados alemanes, controlados por los Habsburgos austríacos. Dentro del lado oriental del hexágono estaba el Franco-Condado, gobernado por los Habsburgos españoles, que también controlaban el norte de Italia. Los reinos de Luis XIII estaban cercados o por el mar o por los Habsburgos.

En resumen, el Franco-Condado de Borgoña yacía dentro del místico hexágono imaginario, pero políticamente no correspondía a Francia. Históricamente, había formado parte del reino de Borgoña, pero después de 1491 pasó al Imperio, y en particular a Felipe el Hermoso. Heredado por Carlos I, pertenecía a la corona española. La capital era Dôle, que distaba solo ocho leguas de Dijon, capital del ducado de Borgoña. Carlos V había fortificado la ciudad para defenderla contra repetidas correrías de los franceses. Dentro del Franco-Condado de Borgoña, se encontraba la Villa Imperial de Besançon, una ciudad autónoma del Santo Imperio Romano. Desde el reinado de Carlos V, el rey de España, como «praetor», había ejercido una autoridad distante.

El Franco-Condado, bajo la corona española, también gozaba de autonomía política y social. Aunque España nombraba al gobernador, era éste un miembro de la nobleza del Condado. En los Estados Generales estaban representados los tres estados, mientras que el parlamento de Dôle funcionaba al mismo tiempo como consejo de estado y como tribunal supremo. Su presidente y su procurador general formaban, con el gobernador, un trínvirato regente. En la Universidad de Dôle se educaban los hombres que habían de servir en los Estados Generales y en el Parlamento. Esta oligarquía de hombres de nacimiento y educación superiores estaba contenta de gobernar bajo el distante y benigno amparo de España. Aunque el Condado y el Ducado de Borgoña se habían separado políticamente hacía casi siglo y medio, la geografía los volvía vulnerables uno al otro. La solución lógica era un

(2) Nathaniel B. SMITH, «The Idea of the French Hexagon», *French Historical Studies*, 6 (1969-70), 139-55.



tratado de neutralidad, y en efecto se había reanudado repetidas veces; pero la situación se iba deteriorando a partir de junio de 1635, al declarar Francia la guerra a España.

La guerra de 1635 era una manifestación más de una hostilidad ideológica que separaba a Francia y España. En breves palabras, Francia entraba en el moderno mundo secular del XVII más rápidamente que España. Francia estaba dispuesta a transigir con gobiernos protestantes mientras que España se negaba a hacerlo. Se ha de recordar que Enrique IV, al renunciar su Protestantismo, había declarado: «Paris vaut bien une messe»; y había entrado en la ciudad en 1594. Terminó la guerra con la Santa Liga en 1596, y en 1598 concluyó una paz con Felipe II, poco antes de morir éste. Enrique se dedicó en los años siguientes a fomentar la prosperidad de Francia, y al morir asesinado en 1610 dejó un país rico y unido. Entonces, después de 1624 Richelieu se aprovechó del poder de Francia para oponerle al de España en una época en que ésta experimentaba dificultades domésticas y rebeliones en sus dominios europeos. Durante el resto del siglo, Su Majestad Más Cristiana de Francia era el enemigo implacable de Su Majestad Más Católica de España.

Los escritores políticos españoles estimaban irónico el título del rey francés, porque en sus escritos contrastaban al príncipe cristiano con el príncipe político de Maquiavelo; y Richelieu representaba la política maquiavélica en acción. En Europa hay toda una literatura dedicada a reconciliar la política practicada por el modelo cristiano con la pérfida «razón de Estado» del mundo secular del siglo XVII. Para los españoles, Maquiavelo representaba la política traicionera contrastada con el arte cristiano de gobernar que ellos pregonaban. En España hay más de cien títulos como la *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1626) de Quevedo o *El maquiavelismo degollado por la cristiana sabiduría de España y Austria* (1628 en latín; 1637 en español) de Claudio Clemente. Obra maestra de esta literatura es la *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas* de Saavedra Fajardo. Los críticos han apreciado este libro por su estilo, por el empleo de emblemas como símbolos, y sobre todo por su base en la realidad europea de su época. Saavedra vivía y escribía en el mundo real de la política del XVII. Conocidas son las palabras de su introducción: «En la trabajosa ociosidad de mis continuos viajes por Alemania y por otras provincias pensé en esas cien *Empresas*, que forman la *Idea de un príncipe político-cristiano*, escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino, cuando la correspondencia ordinaria de despachos con el Rey nuestro señor y con sus ministros, y los demás negocios públicos que estaban a mi cargo daban algún espacio de tiempo» (pág. 166). La *Relación de la jornada al Condado de Borgoña*, fechada en Pontalier el 10 de julio de 1638, es uno de los despachos al rey de España que interrumpió la composición de la *Idea de un príncipe político-cristiano*.



Un mes antes Saavedra, después de pasar por Neuchâtel, había entrado en el Franco-Condado por la misma población. Desde Pontalier en adelante, iba encontrando la devastación infligida por ejércitos rivales durante los tres años desde que Francia había declarado la guerra. Por otra parte, las tropas que se habían reunido a resistir la incursión —soldados del mismo Franco-Condado, tropas imperiales y tropas del duque de Lorena— agotaban los recursos del país en vez de llevar la guerra al ducado de Borgoña, donde Richelieu había movilizado un ejército bajo el mando del duque de Longavila. Entretanto, en el norte se manifestó otro peligro: Bernardo, duque de Saxe-Weimar, protestante, deseando crear para sí un reino, amenazaba invadir el Condado. A pesar de los peligros exteriores, se encontraban el gobernador, el Parlamento y el duque de Lorena en desacuerdo e incapaces de organizar una defensa. Se sospechaba que Richelieu fomentaba la discordia para rendir ineficaz al gobierno. Desde los Países Bajos, el hermano del rey, el Cardenal-Infante Fernando, temeroso por sus comunicaciones con Italia, mandó que Saavedra fuera al Condado para negociar un acuerdo entre los partidos.

En junio de 1638, al salir de Pontalier, iba viendo Saavedra la ruina que describiría en pasajes que se parecen a otros trozos de la *Idea de un príncipe* sobre los estragos de la guerra en Alemania:

Hasta [Pontalier] no está maltratada la montaña; todo lo demás se ve abrasado, y mucho más la llanura, en que no puede imaginarse miseria tan grande que no hayan padecido estos vasallos, más de las armas amigas y auxiliares que de las enemigas. Viven por los bosques comiendo yerba, y, a veces, unos a otros; con esta desesperación salen a matar los caminantes, sin que se pueda dar paso sin un convoy grande. Con este peligro y confusión, falta el comercio y la cultura, no habiendo vecino que sea amigo seguro, porque sus confinantes o son herjes o franceses, y son tan fieles vasallos, que, en medio de esta miseria, solo sienten la mudanza de dominio (pág. 1334).

Antes de proseguir a Besançon, Saavedra fue a visitar Salins, célebre desde la antigüedad por sus minas de sal, con el propósito de asesorar su situación y sus defensas. Las minas eran una importante riqueza del Franco-Condado, ya que los impuestos proporcionaban al rey de España los recursos con que sufragar los gastos del gobierno de la provincia. Por la guerra, los ingresos habían bajado de 335.000 francos al año a muy poco (pág. 1341). Además, Salins exportaba sal a Suiza. Francia controlaba la única fuente alternativa y, de llegar a poseer Salins, podría ejercer un monopolio en la venta de sal a Suiza y una consecuente influencia política. En Salins Saavedra encontró las fortificaciones «irregulares por la disposición del sitio, pero bastantes a defender la ciudad» (pág. 1334), y proveyó cuatro mil francos como socorro para mejorarlas.



Al llegar a Besançon, antes tan próspera, Saavedra la halló «con peste, con hambre y con gran discordia entre la plebe y los gobernantes» (pág. 1334). La población se había sublevado contra los gobernadores protestando un impuesto para las fortificaciones. Ofendidos, los gobernadores habían renunciado sus oficios. La ciudad estaba al punto de caer en la anarquía por que ciertos «mozuelos atrevidos» incitaban al pueblo a la sedición. Se sospechaba que los tumultos fueran fomentados por Francia. Saavedra persuadió a los gobernadores a que volviesen a ejercer sus oficios hasta que se pudieran elegir a los veintiocho electores que por su parte eligieran al nuevo consejo de catorce gobernadores —los llamados Veintiocho y Catorce que regían la autónoma Ciudad Imperial.

Los tumultos, encaminados a perturbar el proceso electoral, no cesaron; y el antiguo grupo de gobernadores deseaba castigar las cabezas sin que lo supiera el pueblo. Creyendo Saavedra imposible el secreto y que el pueblo al saberlo se enfureciera, aconsejó «los medios suaves» (pág. 1335). Al mismo tiempo fue a aclarar con los tres perturbadores la postura española. El rey de España, les dijo, como praetor de la Ciudad Imperial, no iba a tolerar la pérdida del Condado por tres agitadores en Besançon: «les mandaría castigar en las haciendas y en las vidas» (pág. 1335).

A pesar de los consejos de Saavedra los gobernadores arrestaron en sus casas a los perturbadores. Llegado el día de San Juan y de las elecciones, el diplomático propuso que se soltaran a los arrestados para que pudieran votar. Pudo más la pasión que la razón y los gobernantes se negaron a hacerlo así. El pueblo marchó tumultariamente a sacarlos, llevándolos en sillas a votar. Saavedra tuvo que montar a caballo y andar por la ciudad mientras que el pueblo hacía su elección.

Entre los veintiocho electores nombrados para elegir a los catorce gobernadores, salieron elegidos los tres perturbadores. Uno de los Veintiocho había de elegirse presidente y encargado de abrir las urnas en la elección de los Catorce. Hubo más manifestaciones y la ciudad quedó sin gobierno durante tres días. Saavedra insistió en que se eligiera con urgencia al presidente de los Veintiocho. El elegido fue uno de los tres perturbadores, François de Lisola, natural de Salins, a quien Saavedra llama «mozo de ingenio turbado, que ha sido el autor de estas inquietudes y que se ha criado en Francia» (pág. 1335). Siguieron más tumultos, más negociaciones, más transacciones. Saavedra consiguió, como la mejor solución, que los Veintiocho, en vez de elegir a los Catorce, funcionaran como el consejo de gobernadores.

Entretando, el diplomático seguía activo en otros asuntos. Negoció con el Duque de Lorena; envió a Salins y a Grey refuerzos y abastecimientos; y en Besançon instaló un hospital. Al comenzar los Veintiocho a funcionar como consejo, emprendió viaje de regreso a Suiza; y en Pontarlier el 10 de julio de 1638 redactó su rela-



ción a Felipe IV. Entre sus recomendaciones, propuso que un español fuera elegido gobernador real, que a los habitantes se les concediera algunos privilegios comunes con la nación española, y que se dieran armas a los leales vasallos del campo para que defendieran la tierra contra cualquier ejército invasor. Aconsejó además que Felipe negociara con el Papa para contrarrestar la influencia que ejercían los franceses sobre órdenes religiosas en el Condado.

Resultado curioso de la combinación de los «medios suaves» y la actuación decisiva de Saavedra en Besançon fue que el Imperio y los Habsburgos ganaran un diplomático leal y dedicado, y que Francia adquiriera un enemigo pertinaz (3). El impetuoso François de Lisola —el mozuelo «de ingenio turbado» a cuyo severo castigo se negó Saavedra— fue a Viena a protestar el que los Veintiocho no le dejaran funcionar como presidente y contar los votos. Este joven, nacido el 22 de agosto de 1613, no contaba aún veinticinco años cuando encabezó los tumultos de mayo y junio de 1638. Su padre se había enriquecido como co-arrendador de las minas de Salins, y François había sido alumno en la Universidad de Dôle. Doctorándose en derecho canónico a la edad de veintiún años, iba para la Iglesia, pero se enamoró en marzo de 1638 y abandonó su destino eclesiástico. Ya se había destacado por su habilidad oratoria que entonces pudo utilizar tan eficazmente para excitar al pueblo contra la imposición de nuevos tributos destinados a la defensa contra los franceses.

En Viena, Lisola llamó la atención de los ministros del Emperador, especialmente la de Maximiliano, conde de Trauttmannsdorf, e hicieron lo que han hecho siempre los gobiernos sabios al enfrentarse con jóvenes brillantes pero desabridos: le dieron un empleo en el gobierno. Entonces, protegido por el conde le enviaron a Inglaterra donde, antes de cumplir treinta años, echó las bases para una alianza entre Inglaterra, Holanda, España y el Imperio contra los franceses. Con la excepción de breves visitas, jamás volvió a Besançon. Orador hábil, buen escritor y diestro agente, dedicó su vida al servicio diplomático de los Habsburgos de Austria. El joven, que Saavedra creía pagado por Francia para subvertir a la Ciudad Imperial, llegó a ser el pertinaz adversario de los designios primero de Richelieu, y después de Mazarino. Sus detractores le han acusado de ser un «Französenfresser» —devorador de franceses— pero su biógrafo francés, Emile Longin, ofrece la juiciosa opinión de que Lisola sencillamente se oponía con tenacidad y con entereza a las ambiciones políticas de los poderosos monarcas y ministros de Francia.

Al abandonar Pontalier en julio de 1638, Saavedra Fajardo dejó el gobierno de Besançon todavía inestable y el Condado aun débil por las correrías de ejércitos

(3) Emile LONGIN, *Un Diplomate franc-comtois: François de Lisola, sa vie, ses écrits, son testament (1613-1674)* (Dôle: Paul Chaligne, 1900), págs. 5-15.



tanto enemigos como amigos, pero había gastado los veinte mil táleres de plata que consigo había traído, aliviando el hambre y la peste y reforzando las defensas. Había animado a los espíritus flacos y había puesto en comunicación a grupos desavenidos. Por el momento y por muchos años, el Franco-Condado pudo resistir al poder de Francia, pero el tiempo estaba con los franceses. El 5 de septiembre de 1638 –después del regreso de Saavedra a Suiza y antes del viaje de Lisola a Viena– Ana de Austria, hermana de Felipe IV y esposa de Luis XIII– dió a luz al primogénito que había de ser Luis XIV. Heredó el trono cinco años después, en 1643, un año después de la muerte de Richelieu y el mismo año en que cayó del poder el Conde-Duque de Olivares. Aquel año Saavedra fue nombrado ministro plenipotenciario en el Congreso de Paz de Westfalia, y François de Lisola, ya con treinta años de edad, a veces asistía a otro diplomático, natural del Franco-Condado, el estimado Antonio Brun, en el Congreso. Saavedra volvió a Madrid antes de concluirse la paz y murió el año en que se concluyó, en 1648. El Franco-Condado quedó ligado a la corona española. En 1660, Luis XIV se trasladó a la Isla de Faisanes en el río Bidasoa para casarse con su prima María Teresa. Por la Paz de los Pirineos, concluida el año anterior, España había cedido a Francia el Rosellón en el sur y Artois en el norte, llevando así el hexágono más hacia la perfección. El Franco-Condado quedó español, pero solo por quince años más. En el tratado de Nimega de 1678, España satisfizo las repetidas demandas de Luis XIV cediéndole el Condado. Una guía turística de la Francia contemporánea pronuncia la sentencia final: «Desde entonces, la historia del Condado no se separa jamás de la de Francia».

La *Relación de la jornada al condado de Borgoña* registra un episodio en un conflicto de larga duración. En lenguaje gráfico que posee una «textura» literaria, relata Saavedra los incidentes de una crisis aguda y explica como se esforzaba a buscar soluciones sensatas. Demuestra su sentido común al tratar con jóvenes desabridos, aunque solo después pudo averiguar que su sabio proceder había ganado para el Imperio un leal funcionario. Cuenta en detalle sus gestiones enérgicas tanto materiales como políticas dirigidas al aumento de la resistencia de una provincia y una ciudad estratégicas. Por el momento frustró el atentado de Richelieu. Su relación es como un ensayo para ilustrar un tratado sobre la política en la práctica. Sobre ésta y otras experiencias construyó su gran obra anti-maquiviavélica, *Idea de un príncipe político-cristiano*, que es una síntesis entre la «razón de Estado» y las virtudes cristianas.

